

El “mal” común

Álvaro Partidas*

“ En la doctrina social de la Iglesia católica se define el bien común como “[...] el conjunto de aquellas condiciones de la vida social que permiten, ya sea a la colectividad y también a sus miembros, alcanzar la propia perfección más plena y rápidamente”.

Partiendo de esta breve definición pareciera que en nuestro contexto es más pertinente hablar del “mal común” como concepto, que de lo contrario. ¿Cuáles condiciones de la vida social nos faltan, ya no esporádicamente, sino a diario? ¿Cuán lejos estamos de lograr esas condiciones? ¿Es posible lograrlas algún día? ¿A quién corresponde la garantía de esas condiciones? ¿Qué papel jugamos en todo esto?

Hoy el “mal común” pareciera que se ha apoderado de nuestra vida, como colectividad y como individuos. Cada vez estamos más lejos de alcanzar nuestra propia perfección pues tenemos una primera tarea básica que es lograr la supervivencia. El entorno no ofrece condiciones a la mayoría para su desarrollo. No hace falta mencionar a lo que estamos expuestos diariamente, tanto física como psicológicamente, para darnos cuenta lo cuesta arriba de la situación. Sobrevivir hace que vivamos al día, sin posibilidades reales de pensar otra cosa, pues cada hora es vital, cada minuto cuenta, para llegar al próximo, así que la realización personal o el bien común, no es que sean vocablos vacíos para muchos, sino que simplemente no existen.

En contraste a esta situación, se habla de unas fulanas *burbujas de confort* que se instalan en ciertos espacios de las ciudades del país, donde pareciera que este drama no está presente, no se ve, o simplemente se ignora. Donde hablar de estas cosas es mal visto, porque “esto se acomodó” o porque la “vida hay que disfrutarla” y, bueno, sin querer ser aguafiestas, esto es un elemento más de ese “mal común” en el que nos estamos moviendo. Es parte de eso, pues es imposible llegar al bien común de manera individual. Sin que esto suene a colectivismo o a alguna palabra con mayor connotación negativa –que pudiera terminar en otro “ismo”– que el lector quiera atribuir.

Uno puede estar “bien” o pensar que así lo está, inclusive podemos pensar que haciendo solo lo que nos corresponde es suficiente para hablar de nuestro aporte a la sociedad, pero resulta que en un lugar donde las cuestiones mínimas ni siquiera sirven, es muy difícil quedarse en su propio espacio, sin que esto tarde o temprano lo afecte. La única forma de ir en la búsqueda del bien común es contribuir en la ampliación de esos espacios de bienestar; mientras que, por el contrario, si nos conformamos con lo que hay, el “mal común” seguirá expandiéndose.

¿Cómo podemos contribuir al bien común entonces? Primero que todo reconociendo dos cosas: con estar bien nosotros solos, no basta; nunca ha bastado, y lo otro es que

la búsqueda del bien común no es algo que podemos delegar en los demás, sino que nosotros somos protagonistas de esto. Por esperar que otros resolvieran dejamos los asuntos públicos en manos de los “menos malos” y resultó que, cuando como sociedad nos cansamos de ellos, se pensó que esto se arreglaría sustituyéndolos por otros: así llegaron los peores. Entonces, corresponde ahora poner nuestro granito de arena en la búsqueda y construcción de ese país que garantice –como dijo Juan XXIII– *las condiciones de la vida social, con las cuales los hombres, las familias y las asociaciones pueden lograr con mayor plenitud y facilidad su propia perfección.*”

*Miembro del Consejo de Redacción de la revista SIC.